

fiscando sus efectos; y por último, prometió privilegios y recompensas á los que delataran ó entregaran en manos de la justicia á los misioneros y cristianos.

Mientras de este modo se reanimaba la persecucion en Tong-King, Faya-Thac, nuevo rey de Siam, mostraba favorables disposiciones á Le-Bon, obispo de Mitelópolis, que habia llegado el 25 de marzo de 1772 á la residencia Real de Bancock. Este príncipe mandó el 2 de abril llamar á los misioneros, reuniéndolos con los talapuinós ó ministros de su culto y el bonzo de los chinos, pues era un dia de fiesta en todo el reino con motivo de la renovacion del año siamés, se presentó ante ellos con el humor mas jovial, y sentándose al estilo del pais sobre una simple estera, despues de haberles hablado de varias cosas, les preguntó, si una vez abrazado el estado del sacerdocio del celibato, les era licito dejar su sagrada profesion alguna vez; y habiéndole respondido los misioneros que una vez consagrados á Dios, era ya para siempre, replicó el príncipe: «Esto está muy bien hecho: otro tanto quiero que hagan los sacerdotes de mis dioses: quiero que se fijen en su estado, y estén obligados á ser célibes.» Así es como la simple luz de la razon hacia comprender á aquel príncipe idólatra cuán decoroso y conveniente es el celibato á las personas que se consagran á la Religion. Hablóse largamente, delante del rey, de la espiritualidad y unidad de Dios, y de la unidad de la Religion como consecuencia de ella, etc. El príncipe escuchaba con mucho gusto todas estas verdades: convenia en que no hay mas que un solo Dios omnipotente, y decia que los demas son como unos mandarines subalternos: tambien hizo algunas pequeñas objeciones. «Si Dios es incorpóreo, dijo, ¿cómo ha podido hablar á los hombres?» No costó mucho trabajo responderle que el que ha formado la lengua, el oído y los sonidos, podrá hablar y darse á enten-

der sin tener cuerpo. Nunca en Siam se habia visto hablar al rey con tanta familiaridad: todos los que asistian á la reunion estaban admirados, tanto de la confianza de los misioneros como de la bondad con que el monarca les hablaba. Como este era tambien el gefe ó supremo pontífice de su culto, mandó á sus ministros que aprendiesen el idioma *baly*, que entre ellos viene á ser lo que es el latin para nosotros, á fin de que entendiesen, dijo el monarca, el espíritu de sus libros: de los cuales les previno asimismo, que suprimiesen algunas fábulas que les citó y algunas otras ridiculeces. Concluida la audiencia, dió orden á un ministro de que mandase construir dos embarcaciones de las que se usan en aquel pais para regalarlas de parte suya á los misioneros.

Faya-Thac, aunque era saludado por todo el mundo con el dictado de rey, no usaba mas que del modesto titulo de conservador del reino. No aprobaba el sistema de sus antecesores de vivir inaccesibles y casi sin dejarse ver de sus súbditos para ser mas respetados; y como que realmente tenia mérito y talentos superiores, no temia que su autoridad decayese por dejarse ver ó comunicarse con sus vasallos; antes por el contrario, le gustaba ser testigo de cuanto ocurriera, y puede decirse que era un hombre emprendedor y de rápida ejecucion. Asimismo era un intrépido guerrero. Si en la batalla veia retroceder á alguno de sus oficiales, corria hácia él con la diestra levantada, diciéndole: «¿Temes el sable de los de los enemigos y el mio no te da miedo?» Y al mismo tiempo le partia la cabeza. Tenia su principal confianza en los cristianos, y en todas sus expediciones guerreras se acompañaba de ellos, formando como un cuerpo de guardias de su persona, y en recompensa les concedia muchos privilegios y les esceptuaba de contribuciones.

Los misioneros empleados en las misiones de Asia hacian á Dios el sacrificio de su vida,

que no era menos agradable á los ojos del Señor que el que le habia hecho Luisa Maria de Francia, última de las hijas de Luis XV y de Maria Leczinska. Dicha princesa habia nacido en Versalles el 15 de julio de 1737 y sido educada con sus hermanas por madama de Rochechouart, abadesa de Font-Evraud, que nada omitió de cuanto pudiese contribuir á desarrollar en ella el germen de todas las virtudes. Habiendo una enfermedad puesto en peligro su vida, las religiosas la consagraron á la Santísima Virgen, y despues de haberse restablecido, la vistieron con un hábito blanco que debia llevar un año seguido. Esta interesante ceremonia causó una vivísima impresion en el corazón de la jóven princesa, naturalmente piadosa, y acaso influyó tambien en su vocacion. Madama Luisa tenia catorce años cuando regresó á la corte; pero al dejar el convento no quiso abandonar ninguno de los piadosos ejercicios cuya práctica habia adquirido: rara era la vez que se la veia en las fiestas y espectáculos; y como le costaba mucho hallar siempre pretextos para escusarse de asistir á ellos, acabó por pensar seriamente en abandonar la corte. Por este tiempo entró la condesa de Rupelmonde en las carmelitas, y la princesa asistió con la reina á la toma del velo. No la fué posible ver sin emocion á una muger jóven y hermosa, que renunciaba á todas las ventajas del rango y de la fortuna, para abrazar una vida de penitencia; pero si se sintió capaz de imitar aquel sacrificio. Manifestó abiertamente su voluntad al ilustre Mr. de Beaumont, arzobispo de Paris, y este empleó mucho tiempo en probar su vocacion. Despues de la muerte de la reina su madre, desprendida ya de los lazos que la retenian en Paris, pidió al rey y obtuvo el permiso de entrar en las carmelitas de San Dionisio. En 11 de abril de 1770 se escapó de la corte, llegó al convento sin ser esperada y se hizo recibir como postulanta, bajo el

nombre de sor Teresa de San Agustin (1). Semejante suceso fué objeto de todas las conversaciones. Admirada de unos y considerada como un triunfo de la Religion, pareció á otros que esta determinacion era efecto de un fervor pasajero que con el tiempo se iria debilitando; mas no sucedió así: el valor y la piedad de madama Luisa jamás llegaron á desmentirse. Nunca manifestó el menor pesar por haber dejado aquel estado de lujo y grandeza que gozaba en Versalles, y abrazó con ardor la pobreza, la obediencia y todas las virtudes religiosas; pues durante largo espacio de años habia estado preparándose con austeridades secretas en medio de la corte para las austeridades de la orden que queria abrazar. El 10 de setiembre de 1770, tomó el hábito de carmelita. Giraud, arzobispo de Damasco, nuncio del Papa en Francia, presidió la ceremonia en nombre de Clemente XIV, y todos los obispos de la asamblea del clero asistieron á ella en corporacion. Madama Luisa, despues de haberse despojado de todos los adornos de su rango, tomó el velo de manos de su sobrina la delfina. Recorrió con notable fervor todo el tiempo del noviciado, y no podia casi verse sin admiracion á la hija de los reyes, obedeciendo al mandato de una simple religiosa, condenándose á toda clase de privaciones, sometiéndose á todas las prácticas de una regla austera, y añadiendo á ellas nuevas mortificaciones, encargándose de los trabajos mas duros, y no distinguiéndose mas que por una piedad la mas valerosa y una humildad la mas profunda. El 22 de setiembre de 1771 fué el dia señalado para pronunciar sus votos: pronunciólos en efecto con la mayor alegría ante el arzobispo de Paris, y de allí á ocho dias recibió el velo negro que le fué presentado por la señora condesa de Provenza. El nun-

(1) *Memor. para la Hist. Eccl. del siglo XVIII*, p. 585-588.

ción del Papa ofició también esta última ceremonia, á la que asistieron muchos obispos y un numeroso clero. Desembarazada ya de los últimos lazos que la unían al mundo, la madre Teresa de San Agustín elevó mas y mas el edificio de su perfección. Cada religiosa veía en ella una amiga, una madre, un modelo, que no pensaba mas que en procurar con todo celo el bien temporal y espiritual de su comunidad. Desde el fondo de su retiro quería ser también útil á la Iglesia, y así denunciaba al rey los progresos de la filosofía y el desenfreno de la prensa; pero jamás, como ella misma decía, interpuso su valimiento para con él á fin de que concediera beneficios eclesiásticos, ni mucho menos obispados. Con la mayor solícitud acogió á las carmelitas secularizadas en los Países-Bajos por las reformas de José II y distribuyó doscientas sesenta de dichas hermanas en diversos conventos de la orden, sin prever sin duda que aquellas mismas religiosas á quienes dispensaba tan generosamente hospitalidad, después de volver á sus primitivos conventos, recibirían á su vez á sus hermanas espulsadas de Francia. No fué menor el celo que manifestó para atraer á su vocación á las carmelitas que el espíritu del error había en tiempos de turbulencia lanzado al torbellino del mundo; pues á ejemplo de los cartujos y religiosos de Orval, fugitivos en 1725, algunas carmelitas de San Dionisio, varias religiosas del hospital de Paris, y de las carmelitas de Troyes, y aun otras habían dejado sus claustros para ir, segun ellas decían, á buscar en el seno de la capital un asilo donde trabajar en su salvación con mas seguridad. Una de estas religiosas, que volvió á entrar en San Dionisio en tiempo de Mad. Luisa, recordaba los artificios y las sollicitaciones que se habían puesto en juego para decidir las á cometer aquella deserción, haciéndosela ver como un acto de Religión. Mad. Luisa favoreció también la pretension de algunas carmelitas que deseaban practicar la regla en toda su pureza, y alcan-

zó para ellas el convento de Charenton, donde se reunieron en virtud de un breve del Papa, autorizado con la aprobacion del rey. Finalmente, después de haber dado al mundo el ejemplo mas edificante, cayó enferma á fines de noviembre de 1787 y murió el 23 de diciembre entregada á los mas tiernos sentimientos de amor á Dios y de esperanza en su bondad.

A este tan meritorio holocausto, á esta vida angelical de Mad. Luisa, no menos que á las virtudes y oraciones del delfín y de la reina, debió sin duda Luis XV los sentimientos de arrepentimiento y piedad con que murió en 10 de mayo de 1774, después de cincuenta y ocho años de reinado. Habiendo caído enfermo el 28 de abril, mandó el 4 de mayo á la condesa Du-Barry salir de la corte. En la noche del 5 al 6 confesó con el abate Mondou, y al administrarle el Santo Viático, el 7 del mismo mes, el cardenal de la Roché-Aymon, limosnero mayor, dijo en alta voz á todos los presentes, que el rey le mandaba declarar que tenia pesar del escándalo que había dado.

Luis XV, dicen las *Memorias para la Hist. Ecles. del siglo XVIII* (1), tenia cualidades apreciables, pero se abusó de la debilidad de su carácter, y tuvo cortesanos ambiciosos que emplearon todos los medios para corromper sus costumbres, y tuvieron la triste satisfacción de conseguirlo. El escándalo de su conducta y los desórdenes de su casa causaron al reino profundas heridas. Su pernicioso ejemplo dió alas al vicio, é inutilizó los ejemplos de virtud que ofrecían á la Francia una reina, un delfín y unas princesas de tan raro mérito y de tan sólida piedad. Por falta de accion de parte de este monarca, pudo la incredulidad hacer los mas tristes progresos, y en vez de los remedios eficaces que un gobierno previsor y firme hubiera aplicado al mal en su origen, no opuso barrera ninguna á los continuos ataques que los filósofos dirigían así contra su trono como con-

(1) T. 2, p. 593—595.

tra el santuario. Apenas hay época de su reinado que no escite dolorosos recuerdos. La inmoralidad de que se hacia alarde en tiempo de la regencia, el desenfreno del jansenismo, las sátiras, intrigas é ilusiones que produjo, y las escenas ridiculas ó crueles que sin pudor atribuyó á la Religión que las rechazaba; los repetidos atentados de un Parlamento ambicioso, las contestaciones á que dió lugar, las turbulencias que fomentó, y los ataques que sucesivamente empleó contra la autoridad que hubiera debido proteger; el mismo monarca contribuyendo personalmente á debilitar el poder con su carácter débil; unos ministros á veces sin vigor para reprimir el mal, á veces de inteligencia para aumentarlo; la incredulidad desarrollándose entre las sombras, tímida y débil al principio, no dejando ver mas que á medias sus intenciones y no publicando sus obras mas que de tarde en tarde y como furtivamente, y luego robustecida por la corrupcion y envalentonada con la impunidad, derramando á manos llenas su ponzoña, introduciéndose en todas las clases, vomitando audazmente sus blasfemias y sus provocaciones sediciosas, y amenazando con reiterados esfuerzos á la ciega autoridad que la había dejado tomar cuerpo: los resortes del gobierno inutilizados, las leyes sin fuerza, los derechos del príncipe y la obediencia de los súbditos reducidos á problema; las costumbres, máximas y lenguaje enteramente nuevos, sustituidas á las que hasta entonces habían hecho el reposo de la sociedad y la fuerza del Estado; la soberanía de los pueblos proclamada; finalmente, el trono y el altar vacilando igualmente bajo los golpes de sus encarnizados enemigos: tal es el cuadro que presenta la Francia durante un intervalo de casi sesenta años, y que á los ojos del observador atento no podia menos de presagiar un porvenir lleno de tempestades y revoluciones.

Ya desde 1770, segun hemos indicado, podia pronosticarse la catástrofe. La agitacion B. del C., tomo XXII.—IX.—HISTORIA ECLESIASTICA.

era vivísima: pedíase la convocación de los Estados generales, aunque no todos los que manifestaban estos deseos, así podemos creerlo, hubiesen calculado los resultados. La convocación quedó sin efecto, y Luis XV dejó por herencia á su sucesor un germen fatal de turbulencias, de discordia y de destrucción.

Bajo el reinado de Luis XV, la Francia adquirió el dominio de la Córcega, país en que las revoluciones políticas ejercieron una funesta influencia sobre el estado de la Religión. Cuando los corsos, armados en masa para sacudir el yugo de los genoveses, pensaron en 1734 en regularizar su insurrección, confiscaron la autoridad militar y política á los gefes que mas se distinguieron contra las tropas alemanas que Génova había llamado por auxiliares. Viéndose obligados á combatir con fuerzas tan desiguales, los nuevos gefes ofrecieron en vano el dominio de su isla á la Santa Sede y á la España. Viendo que nada conseguían, pusieron su país bajo la tutela de la Virgen Santísima y publicaron que lo colocaban bajo los auspicios de la Inmaculada Concepción. Sin embargo, lo peligroso de su posición no había cesado. El baron de Neuhof, célebre aventurero, consiguió hacerse dueño de la voluntad de los gefes corsos, que le proclamaron rey el 15 de abril de 1736 con el nombre de Teodoro I; elevacion efímera, pues Luis XV se comprometió con el emperador de Alemania á garantizar á los genoveses la posesión de la Córcega. En vista de esto, Teodoro tuvo que alejarse del país, y aunque su regreso inspiró nuevo aliento á aquellos belicosos isleños, después que los franceses reconquistaron nuevamente para Génova á Córcega los caudillos de la revolución no tuvieron otro recurso que la fuga. La familia Paoli, dividida entre el destierro y el suelo natal, conservó sin embargo su influencia, y cuando llegó la hora que puso fin á su confinamiento, Pascual Paoli fué proclamado en 1755 por único gefe de la isla. La presencia de un visitador general del clero, en

viado por el Papa Clemente XIII á propuesta de aquel general, aumentó su preponderancia. Los genoveses hubieran debido comprender que el Romano Pontífice, dejando á un lado las circunstancias políticas, tiene que atender á las necesidades de la Religión; pero en vez de considerar la cuestion bajo este punto de vista, concibieron recelos de los pasos dados por el comisario de la Santa Sede y decretaron su arresto; pero el clero corso escribió en su defensa. Entretanto el Senado de Génova recurria á las negociaciones. Paoli rechazó altamente las proposiciones de un enemigo humillado, é hizo decretar en 1761 que la nacion no se prestaría á oír ninguna palabra de paz hasta que su territorio no quedara evacuado y su independencia reconocida. La habilidad con que este general supo tomar todas sus medidas, le habia sometido toda la parte interior de la isla, y los genoveses, obligados á replegarse á las plazas marítimas, únicas que les quedaban, estaban en ellas como guarniciones prisioneras. Paoli, no obstante que prodigaba al clero toda clase de respetos, le sujetó sin embargo á las cargas comunes; y aunque se apoyaba en esta clase segun las circunstancias, limitó su influencia en las consultas de los negocios del Estado; procuró, sin poderlo conseguir, secularizar enteramente la justicia, dejando de reconocer el privilegio de la jurisdiccion eclesiástica, y quiso, pero en vano, abolir el derecho de asilo. Como la instruccion pública era una de las cosas que mas llamaban su atencion, estableció una especie de universidad en Corté, donde varios profesores nacionales dieron lecciones de teología, derecho canónico y civil, derecho natural y filosofía, de matemáticas y de retórica á una juventud numerosa, que antes tenia que pasar á estudiar al continente. Desgraciadamente, el reformador estaba impregnado en las ideas del siglo, y así iban cundiendo entre los corsos, aun entre los religiosos, las obras de los filósofos, tales como Montesquieu, Voltaire y Rous-

seau. La imaginacion de este último se habia exaltado al ver la insurreccion de aquellos isleños, y en algunas líneas de su *Contrato social* se habia tomado la libertad de prometerles un glorioso porvenir. Paoli le pidió un plan de legislacion para su país, y posteriormente le invitó á que pasara á descansar en él. Rousseau cedió á unas instancias que tanto halagaban su orgullo; pero las circunstancias no le dejaron realizar sus deseos. Paoli se habia alarmado algo al ver desembarcar tropas francesas, capitaneadas por el conde de Marseuf. Luis XV las enviaba en socorro de los genoveses como para pagarles los intereses de las sumas que ellos habian prestado á la Francia en la guerra de los siete años. Paoli se tranquilizó cuando echó de ver que los franceses tenian orden de conservar solamente por espacio de cuatro años las plazas marítimas, y que de ningun modo pensaban en ayudar á los genoveses á tomar la ofensiva contra sus antiguos súbditos. Esta inaccion hubiera debido antes bien convencerle de las secretas miras que la Francia tenia respecto á Córcega. Para sostener el ardor guerrero de sus compatriotas, Paoli emprendió á principios de 1767 una conquista fuera de la isla, y arrebató Capraia á los genoveses. Estos, desesperando al fin de poder resistirse, tomaron el partido de ceder á la Francia una soberanía que se les escapaba. Cerrando los ojos sobre los resultados de una lucha demasiado desigual, Paoli no pensó desde aquel momento mas que en oponer á las armas francesas todos sus recursos y energía. La presuntuosa inesperienza del marqués de Chauvelin, que fué el primer general con quien tuvo que combatir, le permitió tomar en poco tiempo una decidida superioridad sobre sus enemigos. Pero todo cambió de aspecto cuando el marqués fué reemplazado por el conde de Vaux, que en menos de cuarenta dias sometió la poblacion corsa. Paoli, viendo desvanecidas sus esperanzas, se embarcó precipitadamente para

Ljorna, y de allí pasó á Inglaterra. Esta reseña de las agitaciones políticas de Córcega hará comprender las contradicciones que la Religión tuvo que sufrir en aquel país.

El mismo dia que murió Luis XV, sucedióle en el trono con el nombre de Luis XVI Luis Augusto, anteriormente duque de Berry y luego delfin en 1765. Este príncipe era el hijo tercero del virtuoso delfin, arrebatado nueve años antes á la Francia, y que por la muerte de sus dos hermanos habia llegado á ser heredero presuntivo de la corona. Su alma franca é incapaz de artificio, se habia abierto desde muy temprano á todos los sentimientos virtuosos, y su ánimo recto y grave á todos los conocimientos útiles. Lo que faltó á este monarca fué la firmeza de carácter y una justa confianza en sus propias fuerzas; y este defecto inutilizó cuantos dones habia recibido ó adquirido, ó los hizo funestos para su gloria y para la felicidad de sus pueblos. Su educacion habia sido la de los reyes, cuyos preceptores olvidan con bastante frecuencia que la misma doctrina que les enseña á moderar su poder, les ordena mantenerlo á todo trance. El primer suceso notable de su vida fué su enlace con la hija de la inmortal María Teresa, Maria Antonieta de Austria, destinada á compartir su trono y sus desgracias. Las funciones Reales celebradas con ocasion de este casamiento el 16 de mayo de 1770, mal arregladas por los encargados de la policia, costaron la vida á un gran número de espectadores. ¡Triste presagio de la suerte que esperaba á aquellos desventurados esposos! Luis XVI tenia veinte años cuando aceptó temblando el grave cargo que le imponia la muerte de su abuelo.

El primer paso que dió fué una enorme falta. Creyó secundar los deseos de la nacion convocando los parlamentos, y en 12 de noviembre celebró una sesion régia para restablecerlos. Hizo registrar en ella varios edictos que introducian algunas alteraciones en la

disciplina del parlamento, declaraban nulas las providencias tomadas por este en otro tiempo sobre las disputas religiosas, y prohibian que se renovaran en lo sucesivo. Tambien quiso prevenir algunos otros desmanes de los magistrados, sus dimisiones combinadas, sus confederaciones con los parlamentos de las provincias, sus negativas á tomar razon ó registrar y á administrar justicia, y otros varios abusos de esta naturaleza. Mas los magistrados protestaron, representaron y no quisieron ceder, porque estaban persuadidos de que el gobierno, al volverlos á llamar, no habia hecho mas que ceder á la necesidad. Correspondiendo con ingratitud al poder que le volvia la vida, la magistratura debia encontrar en este último triunfo su último castigo. Vanamente intentó volverse á poner al frente de una oposicion que ya no la conocia, y que durante su ausencia se habia engrandecido demasiado para volver á entrar en el círculo de sus pretensiones góticas y de sus tradiciones monárquicas y sediciosas á la vez. Todo sucedió al contrario: la magistratura se convirtió en ciego instrumento de los vastos designios de la oposicion. Valiéndose esta de las nuevas indocilidades de la gente de toga, tan poderosamente auxiliadas por el desorden de la hacienda y la quisquillosa incapacidad de los ministros, alcanzó al fin la convocacion de los estados generales y con ellos el centro de accion de que tenia necesidad. Entonces fué cuando, viéndose favorecida la oposicion por el extraordinario adelanto que habia adquirido en Paris y en las provincias la parte material de la sociedad, principió la revolucion (1).

Clemente XIV no tardó mucho tiempo en seguir al sepulcro á Luis XV. Mientras aquel Pontífice, mas digno de compasion que de censura, estaba luchando con las inquietudes de su conciencia, supo que circulaban por los

(1) San-Victor, *Cuadro de Paris*, tom. 4, part. 2, pag. 370-371.